

INVIDENTE

Alberto Schroth Prilika

Su intuición había enmudecido. Se fugó sin avisar. Sus clientes no se quejaban, podía entretenerlos con casi cualquier cosa, pero ella empezaba a preocuparse por su suerte.

Dejó de fumar, porque el humo se le hacía ilegible. Ni el tabaco más negro y salvaje le ofrecía *a ella* las lecturas tan precisas y apasionadas de los futuros posibles, el pasado irresuelto y el difuso presente; que su reputado —y carísimo— oráculo solía tatuar en la memoria de quienes la visitaban.

Una vidente como ella tendría un arsenal interminable, podría usar cualquier cosa. Desde marcas de sudor, pedazos de corcho, ceniza, hasta cabellos dejados sobre la mesa. Falló con su propia ceniza y blusas sucias.

Intentó con las hojas de té y las flores de manzanilla al final de la taza. Es un consuelo de tontos, se dijo cuando se dio cuenta de que la danza de los sedimentos censuraba su historia, a su antojo.

Su baraja Rider Waite —y luego cualquier baraja que cayera en sus manos— como la coca, le fueron infieles. Las tachó de putas y regresó a su infalible zurda. Las líneas de su propia mano la condujeron a desviaciones existenciales y fue ahí cuando esa obsesión viró en demencia.

A sus cuarenta y dos años, la respetada vida esotérica que tuvo desde niña índigo le daba una embestida brutal. No podía leer su futuro, quizá porque no lo tenía o porque era tan inconsistente como el agua de deshielo.

No confiaría su suerte a cualquier hijo de gitano. Empezó a figurarse nuevos arcanos en las paredes de su habitación-consultorio y las lecturas obsesivas de las manchas de humedad descubrieron para ella —otra vez— el color blanco.

Su obsesión no le dejaba tiempo para más que el estudio de sus *artes ocultas*. Recibía pocas visi-

tas, admitía solo a políticos, hijos de la mafia y magnates. Dejó de limpiar, si acaso atisbaba algo suyo en ese vasto cosmos contenido en las finas capas de polvo sobre su piso, velas, criado mudo, librero, cocina, cuchillos.

El cosmos invadió su cueva hasta dejarla como un muladar, una real caverna de oráculo griego. Húmeda y polvorienta, los hongos que volaban silvestres por el aire enrarecido de su departamento podrían producir en ella y sus visitantes, las más delirantes alucinaciones. Y el asco.

Tendría que quedarse en absoluta soledad, en armonía con su propio universo decadente para ver la belleza, por última vez. Su rostro se reflejó por algún extraño sortilegio de luces y reflejos, en una manzana podrida.

Tuvo una súbita revelación, que encendió las brasas casi agotadas de su entusiasmo. Su ojo descubrió en el retrato que la manzana añeja y decadente reflejaba una dulce cortina de polvo. Era la partitura de su propia música, una sonata para la luna roja, aquella que imaginó que llegaba desde su satélite guardián y mendigo.

Cogió el cuchillo y buscó su corazón. Quitó la periferia podrida con el poco filo de su arma. Justo antes de que se extinguiera, encontró el inagotable recinto del cianuro. Sin dañar su perfecta simetría, descubrió una larga y estilizada hebra de tiempo —mínima, como el torrente de los relojes de arena a punto de languidecer—.

Supo que era el momento. Guardó las semillas de cianuro debajo de la lengua y se dispuso a estudiar con detenimiento místico los nuevos acertijos en los pliegues y laberintos, antes de hacerlas estallar entre sus dientes.